

FERNANDO APARICIO ALVAREZ

:: Primer Teniente de Caballería ::

Charla con el Soldado

Imprenta Francisco Román, Medina del Campo

1916 — 5820

181044117 C. 71970181

DG
CCM

FERNANDO APARICIO ALVAREZ

:: Primer Teniente de Caballería ::

Charla con el Soldado

Imprenta Francisco Román, Medina del Campo

1916 — 5820

R.165089

OFERTORIO

Por la Patria

Por el Rey

Por el Ejército

RECLUTAS:

La obediencia es virtud primordial de los que integramos la familia militar, y por obediencia he de cumplir un deber que me honra mucho, el de dirigiros la palabra en esta serie de conferencias con que los encargados de vuestra instrucción os preparamos para la sublime comunión de espíritus que se celebra en la jura de la Bandera.

Pero ¿que punto he de tratar que no esté ya magistralmente tratado por los ilustrados compañeros conferenciantes? ¿Que camino seguiré yo, que me lleve hasta vosotros aportando mi grano de arena para el magno edificio de vuestra educación militar, ayudándoos en el trabajo noble y generoso de hacer a la Patria grande y respetada?...

Por obediencia he de hablaros, y analizando esta definición, que de tal virtud dió uno de nuestros más ilustres escritores militares: "Es la abnegación de la voluntad, pero no del entendimiento", me dispongo a una verdadera

abnegación de voluntad, pues el entendimiento no responde a mi buen deseo, y las ideas, aunque verdaderamente sentidas, han de ser por mí torpemente expresadas.

Y en esta lucha entre la voluntad y el entendimiento, entre la palabra y la idea, llevado sin duda del verdadero amor a mi carrera, deseoso de hacer os comprender la nobleza de nuestra profesión, he de hablaros de lo que es el Ejército y ¡ojalá que estas pobres palabras mías sean por vosotros premiadas cuando regreseis a vuestros hogares, cumplida ya vuestra deuda con la Patria, diciendo a vuestros padres, a vuestros hermanos y amigos y más tarde a vuestros hijos:

«Fama, gloria y vida son
caudal de pobres soldados,
que en buena o mala fortuna
la Milicia no es más que una
religión de hombres honrados».

Es el Ejército, salvaguardia de la Nación, un conjunto de ciudadanos instruidos y preparados para defender los intereses de la comunidad; una agrupación de elementos que constituye un muro que defiende a la Ley de las pasiones y desordenados apetitos de las muchedumbres, escudo de la patria ante el enemigo insultador de su independencia, esencia de la Justicia, sin la cual desaparece toda idea de sociedad, símbolo de la fuerza del Derecho pues el derecho de la fuerza solo lo ejecuta movido por la Ley y la suprema necesidad de la defensa.

La íntima misión entre los diversos elementos que componen el Ejército dá a éste su fuerza, pues si en todas las colectividades hay antagonismos, diferencias, diversidad de aspiraciones, no así en este admirable todo, que poseyendo el medio centralizador por excelencia, la disciplina, funde las aspiraciones individuales en la única de la bandera, a cuya sombra se crea y desarrolla el espíritu de la Nación.

Por eso es necesario el fundente poderoso de la disciplina; en ninguna colectividad es más precisa la armonía, además del concurso de todas las voluntades, de todas las inteligencias y esfuerzos, pues rota la unidad se convertiría la variedad en antagonismo y desorden, la interrupción de la armonía de este organismo, lleva a la disolución y a la muerte.

Aquí, soldados, no hay diferencias; no hay castellanos ni catalanes, gallegos ni andaluces, pobres ni ricos, sabios ni ignorantes; solo hay soldados, miembros de una gran familia, hijos de una misma madre, hijos de España. El cumplimiento de un mismo deber, la práctica de las mismas virtudes, hace que todos, desde el Rey hasta el recluta, seamos elementos de este mecanismo admirable de fuerza, de este conjunto armónico todo él relación, todo proporcionalidad en sus organismos y en sus funciones, alumnos de esta Universidad de virtudes que se llama Ejército, miembros de esta "religión de hombres honrados".

Prescindimos aquí, dentro cada uno de su respectiva esfera, de la personalidad, nos imponemos al egoísmo sacrificando nuestra comodidad, nuestro

albedrío, nuestra libertad personal por la idea Patria, cuya defensa y honor nos están encomendados, estamos siempre dispuestos a arrostrar impávidos todas las fatigas, todos los peligros, a derramar generosamente la sangre, seguros de que nuestro sacrificio es útil a España, pues al morir por ella, no haremos más que devolver la vida que nos prestó, pagar la deuda del hijo con la madre, ¡deuda bendita, deuda sagrada...!

Para cumplir este deber de españoles, vinisteis al cuartel a sacrificar la voluntad individual en aras del cumplimiento de la voluntad nacional, cuya expresión es la Ley; a instruiros durante la paz para que ésta sea duradera, pues no es otra cosa la guerra que el último y supremo recurso que las naciones emplean para el mantenimiento de la paz, idea que Luis XIV de Francia expresó haciendo grabar en sus cañones la divisa *Ultima ratio regum*, (Último argumento de los reyes).

Os veo satisfechos de vuestra nueva vida, tengo la convicción de que habeis desechado ya los prejuicios que os hacían creer, al abandonar vuestros pueblos, que el cuartel es un presidio. Estoy seguro, pues no en balde

convivo con vosotros, de que habeis desechado esa idea que os hizo concebir o algún ignorante mal intencionado que en la vida vió un cuartel, o algun viejo antiguo *mal soldado* de los tiempos en que el empleo del palo era, sobre todo para él, corriente; creo no equivocarme al afirmar que os habeis acostumbrado, sin gran trabajo, durante la primera semana de vuestra permanencia en el cuartel, a esta vida metódica, higiénica, en que se desarrollan por partes iguales el cuerpo y espíritu.

Estais convencidos de que fueron muy falsos los colores con que aquellos incultos paisanos vuestros os pintaron la vida cuartelera; habeis visto que los jefes y oficiales que creiais casi tigres son hombres que se desvelan, *en el verdadero significado de la palabra*, por vuestro bienestar, por vuestra educación, por administrar con celo incomparable vuestro haber, preocupándose continuamente de que nada os falte; son vuestros maestros, vuestros administradores, tienen para vosotros afecto de padres.

Observad que el cuartel es la escuela de la Patria que insensiblemente inculca en vuestras almas virtudes tan sublimes como la obediencia, la abne-

gación, respeto y subordinación, amor patrio y fidelidad a la bandera, y veis que en estas cuatro o cinco semanas de vida de cuartel habeis aprendido algo más que el *un, dos, tres, cuatro*, habeis aprendido a llevar con orgullo el uniforme igualitario que viste a pobres y ricos de soldados, de hijos predilectos de España; habeis aprendido a dejar un beso entre los pliegues de la Bandera de la Patria, más puro aún que el que vuestras madres os dieran en despedida, pues comprendéis la sublimidad del juramento que prestais al ofrendar vuestra sangre generosa ante la cruz que forman la bandera y la espada; ante la cruz, redención del hombre, ante la espada mantenedora de la Ley y ante la bandera que es la representación tangible de la Patria.

Descubriós siempre como ante la Cruz, lábaro santo de nuestra redención, ante la Bandera, lábaro glorioso de nuestra independencia, y al recordar que lleva entre sus pliegues vuestro beso más puro, vuestro juramento más sagrado, decid con entusiasmos:

”¡Salve bandera de mi patria, salve!”

Tened la seguridad de que estas enseñanzas que ahora recibís han de seros de gran utilidad en el curso de la vida, pues sereis disciplinados ahora y siempre, ciudadanos conscientes cumplidores de vuestros deberes y defensores de vuestros derechos. Y hoy que pobres y ricos, patronos y obreros, amos y criados venís juntos a cumplir el servicio militar, aprended a conoceros; descended los unos y ascended los otros hasta colocaros al mismo nivel para establecer una perfecta armonía entre vuestros respectivos intereses; y así como en la formación vais mezclados en la misma fila, mezclad también vuestras aspiraciones en la suprema del bien de España, madre común que llora las discordias de sus hijos.

Si consideráis, una vez cumplidos, que el compañerismo en el Ejército lleva a exponer la vida propia por salvar la del compañero, al volver a encontraros en la fábrica, en el campo, en la mina o en el taller, no vacilareis en

estrecharos efusivamente la mano y recordar alegremente estos días de vuestra juventud.

Oponed a las doctrinas perniciosas, a las ideas disolventes, las doctrinas salvadoras, las provechosas enseñanzas del cuartel que os harán hoy buenos soldados y mañana ciudadanos honrados, pues quien buen soldado fué, necesaria e ineludiblemente buen ciudadano será, y puesto que os honró la Patria erigiéndoos en defensores suyos, vistiéndoos un día con la toga del heroísmo, con el glorioso uniforme del Ejército español, cuando algún mal nacido hablare mal de la *Madre*.... ¡defendedla!

Así demostrareis que habeis sido educados en la Escuela del Honor y, sin palabras, enseñareis a los reclutas venideros, a vuestros hijos, que el Ejército es el *Sagrario que guarda a la Patria inmaculada*.

EN EL DIA DE LA JURA



A LOS QUINTOS:

Yo quisiera, compañeros, expresaros mi alegría;
yo quisiera, que la pobre lira mía
destemplada, polvorienta y olvidada en un rincón
 hoy vibrara,
 y os llevara
 con melódica armonía
la mejor de mis canciones, la que canta el corazón.

.....
.....

Por que ví como ofrendabais al amor de los amores
vuestra sangre generosa derramada hasta morir,
porque ví de vuestros ojos desprenderse los fulgores
que son nuncios de heroísmos que reserva el porvenir,

Porque ví como jurabais la bandera,
porque veo en vuestros labios la sonrisa placentera
de los hombres satisfechos que se honraron al jurar,
y al oír esas patrióticas canciones
que reflejan emociones
tan sublimes, tan hermosas como vuestros corazones,
se vislumbra para España un glorioso despertar.

Ya jurasteis la bandera que más tierras ha corrido,
que más pueblos dominó;
para ser sus defensores hoy España os ha elegido
al pasar bajo los pliegues de su lábaro querido,
de ese palio bendecido,
al pasar bajo la enseña que más alta tremoló.

Ya dejasteis de ser *quintos*, sois soldados;
sois los nuevos consagrados
por la Patria ante la enseña que jurasteis defender,
sois los nuevos caballeros por España confirmados,
sois soldados españoles, ya sois héroes por deber,

Al mirar como cumplís patrios deberes
orgullosas aplaudieron las mujeres
que adornaban los balcones,
las mujeres españolas que disparan los cañones
cuando llega la ocasión,
porque en esos femeninos corazones
bulle sangre de heroína,
de Agustina
de Aragón.

No olvideis esos aplausos femeniles que escuchasteis
que os harán recordar siempre la promesa que prestasteis
ante el ara del honor;
y al volver a vuestros lares,
una vez que hayáis cumplido los deberes militares,
dedicad siempre a la Patria el más noble y puro amor.

Si ofrendásteis hoy a España vuestra sangre de soldados,
al marchar ya licenciados
prometedla trabajar,
que el sudor de vuestras frentes será el riego generoso
que en un día no lejano, que en un día venturoso,
proporcione opimos frutos de riqueza y bienestar.

Laborad porque la *Madre* sea rica y respetada,
trabajad en el estudio, en la mina, en el taller,
con la pluma, con el libro, en la guerra con la espada,
y en el campo con la azada
porque vuelva a ser España tan inmensa como ayer...

Y lo hareis, porque antes ví como besabais la bandera;
ahora veo en vuestros labios la sonrisa placentera
de los hombres que prometen por la patria laborar,
y al oír vuestras patrióticas canciones
que reflejan emociones
tan sublimes, tan hermosas como vuestros corazones
adivino para España un glorioso despertar.

¿Amareis siempre a la Patria con amor de los mejores
estudiando,
trabajando,
preparándola un hermoso resurgir?...

Si, lo hareis, que en vuestros ojos estoy viendo los fulgores
que son nuncios de riquezas,
de grandezas
que reserva el porvenir.

18 €.

